

KALIFA, Dominique (2005): *Crime et culture au XIXe siècle*. Paris, Perrin. 331 p. ISBN 2-262-02012-4.

Este libro realiza un estudio exhaustivo de la relación existente entre la literatura y el periodismo, desde el punto de vista delictivo, en Francia a lo largo de todo el siglo XIX. A pesar de centrarse en París y su repercusión internacional por su importancia como referente político y cultural, no deja de lado otras zonas del país en donde la delincuencia refleja los avatares de la propia vida ciudadana.

La obra está dividida en tres partes: Figuras del crimen en el siglo XIX. En el corazón de la cultura de masas. Delincuencia e inseguridad. A su vez cada capítulo se subdivide en diferentes epígrafes donde se vislumbra la evolución del concepto criminal de principios del siglo, en una geografía urbana tortuosa del propio París, hasta un final que el autor prolonga hasta después de la Primera Guerra Mundial con el cambio político en el mapa europeo. No obstante, en la última parte del libro, Kalifa va más allá de los límites cronológicos fijados en el título al realizar una incursión en la delincuencia y la inseguridad ciudadana de todo el siglo XX. La violencia deja de ser una aventura de juventud, de protesta contra la fábrica y la familia para transformarse en auténtico problema social de jóvenes golpeados por el paro o el empleo precario. Unos problemas graves de integración iniciados en la crisis que presentan los mismos modelos escolares del republicanismo francés coincidentes con un declive sindical, asociativo o religioso y que no parece encontrar salida. Con este libro Kalifa trata de reflexionar sobre fenómenos delictivos que son gritos de auxilio y las soluciones ciudadanas aportadas varían poco de unas épocas a otras.

A comienzos del siglo XIX París es la capital de la delincuencia por excelencia. Sus intrincadas y laberínticas callejuelas la hacen propicia a la criminalidad. Un espacio urbano delictivo que trascenderá los límites del propio país y será utilizado por diversos autores foráneos, aunque no la hayan visitado jamás, como escenario de sus obras en las que adquiere vida propia. Entre los más conocidos destaca Edgar Allan Poe, *The Murders in the rue Morgue*.

El libro no se detiene excesivamente en los primeros años del siglo más bien le sirven para esbozar las directrices que marcarán la literatura posterior en la que surgirán dos nuevos géneros literarios que pronto gozarán del favor de un público ávido de narraciones truculentas: las memorias policiales y el folletín. A Eugène François Vidocq se atribuye la paternidad de las primeras con la publicación de *Mémoires de Vidocq, chef de la police de Sûreté jusqu'en 1827* (1828) con la pretensión de honorabilizar la figura policial considerada como parte de un engranaje gubernamental represor rechazado por la ciudadanía. Una actuación que defiende los intereses de un período político conocido en Francia como Restauración. Retorno a la monarquía que entre sus actuaciones se sirve de una policía represora para guardar el orden público frente al descontento social por las crisis económica, industrial y agraria. Una vuelta a los pilares conservadores del Estado. Respecto al género del folletín Eugène Sue lo inaugurará con su obra *Les Mystères de Paris*, de cuyo éxito hablan las continuas reediciones. Un intento de penetrar en el corazón

criminal de la ciudad en donde Kalifa parece estar más interesado en marcarnos una evolución literaria antes que un reflejo económico-social. Después de las revoluciones de 1830 y 1848 el espacio urbano adquiere una nueva consideración y pasa a ser responsable directo de los problemas que aquejan a la propia masa social parisina. En el libro se insiste sobre las actividades urbanísticas del ministro Haussman artífice de la apertura de los nuevos bulevares para atajar la delincuencia. Un fenómeno, el haussmanismo, tomado como punto de partida en este libro para reinventar el espacio urbano de la capital y adaptarlo mejor a sus tramas delictivas los autores franceses del Romanticismo (Victor Hugo, Dumas, Féval, Nodier), consecuencia del éxito de la obra de Sue. Estas constantes referencias literarias sirven a Kalifa para levantar acta, a través de esos autores literarios, de una forma policial que ha llegado a su fin: espiar, reconocer y denunciar, propia de regímenes absolutistas, cambia a nuevos métodos de trabajo acordes con estados más democráticos: indagar, interpretar e identificar. El personaje del policía Javert, *Les Misérables*, lo sintetiza y simboliza en su forma de actuar y su suicidio final.

Volviendo al libro objeto de estudio, la llegada de regímenes más democráticos como la proclamación de la Tercera República facilita una libertad creativa tanto en la publicación individualizada como la difundida por la prensa. Kalifa insiste en esta visión que el lector, no familiarizado con este período político de la historia francesa, deberá consultarlo previamente si quiere obtener un conocimiento más provechoso del mismo. Lo que en un principio hace pensar que el tipo de lector al que está dirigido el texto es francés y universitario. Un lector autóctono ya ha contextualizado la obra previa a su lectura por lo que resulta innecesario un mayor detenimiento. Sin embargo, el título queda en este caso demasiado genérico puesto que olvida la influencia francesa en el resto del pensamiento cultural europeo y el intento de imitar los nuevos géneros literarios franceses que tanto se dejarían sentir en España, por ejemplo, hasta el punto que muchos de ellos no tardarían, en las primeras décadas del siglo XX en ser adaptados a la escena española. Pero retomando el hilo conductor de este escrito los nuevos tiempos políticos franceses incidirán en el auge de la novela policíaca como nuevo medio de expresión y denuncia frente al género folletinesco excesivamente estereotipado. Así surgirá la denuncia del sistema carcelario francés. La cárcel ya no es utilizada como un espacio de engrandecimiento del protagonista para una recompensa final, la prisión es ridiculizada por ser un reflejo de un sistema político deficiente. Y, a pesar de que el periodismo de temas truculentos, además de exagerados, continuará teniendo sus adeptos, la prensa adquirirá un nuevo auge en donde la ciudad tendrá otra vez el protagonismo no sólo como lugar de denuncia de las disfunciones sociales sino también como espacio reflexivo de la realidad y sus posibles soluciones.

En este punto es donde la obra de Kalifa adquiere su auténtico objetivo y justifica plenamente su razón de ser puesto que centrará su atención en el “apachismo” como comportamiento antisocial en respuesta a una realidad proletarizada. El nuevo término se acuñará en el verano de 1900, para designar a los delincuentes juveniles de París y posteriormente a todos los del resto del país. Un paralelismo con el mundo proletario emergente y del que el “apachismo” es en parte una forma

de respuesta social. El término apache es fruto del auge del estudio de los pueblos indígenas del otro lado del Atlántico y su control o eliminación bajo el poder del hombre occidental. Una americanización europea incipiente sobre la que Kalifa quiere hacer reflexionar al lector de manera consciente. La cara de la nueva criminalidad será representada con la aparición de nuevos personajes en la prensa diaria. El primero es: *Zigomar*, creado por Léon Sazie de larga vida literaria (1909-1913) truncada por el éxito de otro competidor directo, *Fantômas* (1911-1913) de Pierre Souvestre y Marcel Allain. Este personaje será el auténtico representante de la delincuencia apache. Por un lado realizará las delicias de un lector urbano ávido de novedades, pero, por otro, servirá de altavoz al alarmismo social sobre la inseguridad ciudadana del que se responsabilizará a los nuevos protagonistas públicos: los tribunales de justicia focalizados en la figura del magistrado y su nefasta actuación; responsable del mal funcionamiento del sistema de justicia y la laxitud en la imposición de penas. Un malestar que conducirá a un importante debate sobre la pena de muerte y en el que el libro no incide especialmente.

En este contexto, todos esos personajes literarios pronto serán los protagonistas de un nuevo medio de expresión de masas y que hará sus delicias, el cine. Después de una serie de intentos iniciales como *Histoire d'un crime* (1901) de Ferdinand Zecca, considerada la primera película criminal de la historia del cine, le siguen *Incendiaires* (1906) de Méliès; *Paris, la nuit* y *L'assassinat de la rue du Temple* (1904); *Les apaches de Paris* (1905) de Ferdinand Zecca. Le seguirán toda una serie de películas cuyos protagonistas serán los personajes de *Zigomar* o *Fantômas*. Particularmente interesante resulta este apartado del libro porque incide en un nuevo espacio de expresión como es el cinematográfico resultado de una interacción entre un nuevo medio de comunicación de masas y la adaptación del mundo literario por entregas tan en boga hasta entonces. El cine, en un principio, no busca crear nuevos personajes sino, más bien, adaptar los ya conocidos a través de los periódicos para hacerlos extensibles a un potencial número mayor de espectadores. Ya no es necesario saber leer sólo hay que comprender las imágenes que presentan protagonistas conocidos por todos y que siguen los mismos esquemas por entregas de la prensa. Sin embargo, la interacción no sólo será unívoca, del medio escrito a la pantalla, sino también del cine a la literatura con la aparición del *ciné roman* dentro de un nuevo contexto, el estallido de la Primera Guerra Mundial.

Siguiendo el discurrir discursivo del libro al iniciar la última parte del mismo parece descolocar un poco al lector al cortar la interacción cine-literatura y retomar la lucha contra el delito y su consecuencia más inmediata, la inseguridad ciudadana, como trasfondo político de las luchas entre republicanos y monárquicos dentro de la Tercera República. La aparición de los detectives privados en París. El empuje del derecho penal con el fomento de diferentes congresos jurídicos y antropológicos con el establecimiento de los tres polos claves de la criminalidad: económico, corporal o sexual. La consecuencia más inmediata será el establecimiento de una tipología del delito que perdurará hasta nuestros días y que lejos de atenuarse se agravará. El libro ha sido escrito antes de los movimientos de protesta en los barrios del extrarradio parisino, *banlieue*, de finales de 2005, sin embargo Kalifa parece

intuir las revueltas como resultado de todo un proceso delictivo iniciado a principios del siglo XIX, punto de partida de su estudio. Tal es así que presta un especial interés a ese término, retomado a finales de los años 70, como resultado de la fuerte degradación urbana. Si en su origen *banlieue* no indicaba más que un espacio geográfico dentro de la evolución de la ciudad ahora connotará algo completamente negativo, un lugar de degradación extrema, habitado principalmente por inmigrantes y con importantes problemas de marginalidad, nidos de delincuencia organizada. A modo de reflexión final, Kalifa confía en el republicanismo francés y el lema revolucionario de libertad, igualdad y fraternidad para solucionar los problemas sociales cuyo origen se remonta al siglo XIX.

En mi opinión, el libro deriva hacia un aspecto sociológico que excede el título y la razón de ser de la obra. En su intento de analizar la cultura del crimen en la actualidad, consecuencia de una realidad social y cultural profundamente histórica y no de la sin razón humana, le ha dado una dimensión literaria que desconcierta al lector interesado solo en esos aspectos de la prensa. Libro interesante y recomendable desde el punto de vista del estudio literario de la prensa en su intento de unir el espacio urbano y su expresión creativa, se atenúa en la última parte cuando deriva hacia un estudio sociológico del que no parece haber seleccionado de manera adecuada los preliminares. Por otra parte, es una lástima que no haya dedicado un apartado final individualizado a la bibliografía citada a pie de página a lo largo de toda la obra puesto que es una parte esencial de la misma.

En definitiva, las investigaciones de Dominique Kalifa sobre crimen y marginalidad deberían tener una mayor difusión en nuestro país para poder establecer paralelismos sobre estos mismos temas en España.

M.^a ROSARIO FERRER GIMENO
Universitat de València
Rosario.Ferrer@uv.es

CHARLES SOREL (2005), *Les nouvelles choisies*, Daniella Dalla Valle (ed.), Paris, Honoré Champion, 429 pp., ISBN 2-7453-1175-1.

Los últimos veinticinco años están siendo muy fructíferos en cuanto a estudios y ediciones de los autores antes llamados “burlescos”, algunos de los cuales –Sorel, Scarron, Furetière– aparecían “hermanados” como *Romanciers du XVII^{ème} siècle* en un benemérito volumen de La Pléiade. Esa tendencia de recuperación de escritores ahogados por la brillantez del clasicismo, y considerados de segunda fila, se ha demostrado especialmente generosa con Charles Sorel, que ha pasado de ser estimado sólo por su *Histoire Comique de Francion* a ser valorado con toda justicia por su condición de polígrafo, en el mejor sentido del término: versos de

Reproduced with permission of the copyright owner. Further reproduction prohibited without permission.